

MARUCHO

Manuela Mur

El muchacho de los mandados barría los galpones, ayudaba a la ordeñadora a manear las vacas, enlazaba los terneros y tiraba de los que se prendían más de la cuenta a las ubres hinchadas y cabeceaban glotonamente amenazando mamarse toda la leche; ensillaba con el viejo Ciriaco los caballos de los patrones, y ataba los coches.

En las siestas bañábase en el arroyo y se tendía mojado sobre la arena caliente, o sobre frescos colchones de ramas de sauce. Allí le interrumpían los gritos de alguien que le llamaba.

Antes de la entrada del sol echaba los animales al potrero de pastoreo y sólo ya a la oración quedaba casi desocupado; "casi", porque siempre había algún mandado que hacer. Por la noche disponía, al fin, de su tiempo, y participaba entonces en la rueda de los peones. En invierno se reunían en los galpones, alrededor del fuego, cubiertas las espaldas con los ponchos, y apartaban brasas para asar la carne y calentar el agua para el mate. En el verano, a pleno cielo, en el patio. Verano e invierno, Marucho disfrutaba de los cuentos de los viejos y de los relatos de sus hazañas que hacían los más jóvenes.

El muchacho abría grandes los ojos con la intensidad de la atención, o hacía esfuerzos para que no se le cerraran a causa del sueño que le tiraba de los párpados. Al viejo Ciriaco se le iluminaba la cara cuando contaba episodios de su vida de arriero a través de la cordillera, siguiendo sendas interminables, bajo cielos fosforescentes, acompañado de luces malas y ánimas en pena, las almas que sin paz y sin olvido erraban por las sierras, pagando las culpas de sus crímenes: habían sido cuatros... hombres malos...

Marucho respetaba ese mundo invisible, pero prefería las narraciones de José: cuentos de toros salvajes que destripan caballos; ríos torrentosos que arrastran jinete y cabalgadura; pumas furiosos que defienden sus vidas atacando al hombre que los acosa, y caen por fin muertos por el cuchillo certero que les atraviesa el corazón.

El muchacho admiraba apasionadamente a José. Algún día sería como él; tendría un recado completo y dos cebrunos para salir al campo. Allí mataría pumas, y volvería lastimado, sucio, sin palabras; y arrojaría indiferente, sin darle importancia, el cuero del animal: amarillento, manchado de marrón, de garras enormes y cabeza de gato gigante.

—¡Pastora! —gritó Marucho corriendo hacia la criada—, Pastora, mira lo que me ha traído el viejo Ciriaco de las sierras, —y le entregó dos huevos.

—Parecen de gallina, —dijo la mujer observándolos—, pero no son.

—Adivina de que son, —exclamó el muchacho excitado, casi sin respirar:— ¡Son de cóndor, de cóndor!...

—Vamos al gallinero, —resolvió Pastora abandonando el servicio del mate.

Entre los dos buscaron una clueca de buena voluntad; encontraron una "belicha", gorda y no muy rezongona, y le colocaron los dos huevos en el nido.

Con una sonriente mirada de complicidad, los dos criados volvieron a sus tareas.

Diariamente, y varias veces al día, Marucho visitaba el gallinero y su clueca. Contaba y descontaba los días con impaciencia. Por fin las cáscaras comenzaron a ser rotas por leves picotadas interiores, y, después, se partieron; debajo de la gallina quedaron dos pichones de cóndor, con ojos y picos grandes y un cuerpecito de algodón, blando, tierno. Marucho los tomó entre sus manos y con mucho cuidado se los presentó a Pastora.

—Los cuidaremos muy bien —dijo la mujer, y salió en busca de trapos de lana para hacerles un nido.

A pesar de los cuidados, uno de los pichones murió. El otro, Simón, crecía bajo la vigilancia directa de Marucho. Este no sólo le dedicaba los momentos libres; solía abandonar sus quehaceres para correr en busca del animal. Simón lo reconocía entre todos los habitantes de la casa y lo saludaba especialmente haciéndole arrumacos, acompañados de sonidos guturales. Marucho le ayudó a ensayar las alas; jugando, lo tiraba al espacio, y el animal aprendía a volar.

El voraz apetito del amigo ocasionaba al muchacho frecuentes desazones; sobre él caían todas las protestas: de la cocinera, porque faltaba de la mesa un pedazo de carne; del capataz porque una res recién carneada estaba llena de desgarrones; de los chicos que volvían de la compra porque, al pasar a caballo junto a la casa, Simón se les había descolgado encima para curiosar en las alforjas, en las que siempre había algún trozo de carne; el caballo se espantaba y el chico se moría de miedo, creyendo que el pajarraco le atacaba.

Los patrones le ordenaron que se deshiciera del animal y le amenazaron con matárselo.

Por suerte para Marucho, Simón se habituó a seguirle hasta los potreros, por donde vagaba a su antojo; los caballos y las vacas ya no le temían. En esos vuelos, cada vez más amplios, solía perderse por largas horas. Marucho se entristecía creyendo que su amigo le había abandonado. Pero el animal reaparecía de imprevisto por entre los árboles y bajaba a comer de su mano, a danzar a su alrededor con las alas extendidas, emitiendo un graznido desabrido, y a restregar el pico contra sus piernas.

Las ausencias de Simón, sin embargo, empezaron a prolongarse mucho. Aquellas prácticas de vuelos inmensos lo acercaban a la montaña, y allí se quedaría un día, en la soledad de las rocas, viviendo verdadera vida de cóndor... —¡Cuánta razón tendría!—, pensaba Marucho. También él preferiría volar en el cielo azul, por encima de los picachos de la cordillera. Muy fácil le hubiera sido al muchacho impedir las desapariciones de su amigo. Pero jamás le cortaría las alas.

Una mañana, el muchacho abrió los ojos al sentir suaves tirones en los cabellos; quiso seguir durmiendo y espantó al cóndor, que le atacaba cariñosamente. Simón quería comer y Marucho no tuvo más remedio que levantarse.

El sol en su primer impulso de luz, incendiaba los médanos e iluminaba la mañana en colores rojizos y violáceos; la montaña, en el oeste mudaba matices indescriptibles. Marucho juntó las vacas para llevarlas al corral. Simón le acompañó curioso por los alrededores, moviendo vivazmente su pequeña cabeza y cerniéndose sin apuro en el aire mañanero. El muchacho contempló las maniobras del cóndor y lo llamó por su nombre al pasar éste por encima de su cabeza. Simón se posó sobre el anca del caballo como siempre lo hacía, pero, de pronto, gritó lastimeramente, aleteó presuroso ganando altura, y se alejó

en dirección a la sierra. Marucho, inmóvil, lo contempló hasta que se hizo un punto lejano en el espacio y luego siguió arreando el ganado.

Dos veranos habían transcurrido desde la desaparición de Simón. Marucho estaba más alto, tenía la voz cambiante, gruesa unas veces y aguda otras, y en la cara le asomaba una pelusita con pretensiones de barba.

En la estancia, esa entrada de verano se presentaba con mucho trabajo. Además de hacer el rodeo, como todos los años, había que apartar el ganado que se llevaría a Chile. Los dueños de la hacienda se daban cita en la inmensidad de los campos, distribuíanse en gigantescos círculos y hacían conocer su trayecto mediante señales de humo que se veían desde enormes distancias; a veces el descuido de los arrieros ocasionaba incendios, y durante días y días el fuego hacía estragos en el campo.

En las recogidas Marucho trabajaba más feliz que nunca; no le pesaba ese quehacer tan libre, a cielo descubierto. Le encantaba arrear el ganado desgañitándose con los "vacaa... vacaaa... vacaaaaa" "¡Huijaa!!... ¡Huijaa!!... y alargando los gritos en finales cada vez más agudos. Todos los arrieros hacían lo mismo: gritaban mientras revoleaban el lazo haciéndolo zumbiar para lograr convencer a los animales de que debían mantenerse juntos y seguir todos hacia el mismo sitio. Esa persuasión no se conseguía fácilmente: atropellos, corridas... El espacio se llenaba de acordes en "muu... muuu... muuuu", desde los muy graves de toros y vacas hasta los tiernos balidos de los recentales.

Marucho no podía dormir. Miraba las estrellas, pensando que necesitaba descansar. Al amanecer saldría hacia Chile. Le parecía imposible. Viviría la misma vida que José y el viejo Ciriaco. Con otros varios peones, llevarían el ganado. Ansioso se preguntaba si no olvidaba algo; enumeraba mentalmente sus bultos; examinaba la montura; miraba con su imaginación las patas herradas del cebruno y las de la mula Luisa; pasaba las manos por los lazos y probaba su firmeza en los palenques. "Tengo que dormirme —se decía—. Ya he mirado bien todo eso". Cerraba los ojos y otra vez pensaba. Ahora evocaba a la Pastora; le daba pena dejarla. Le traería de Chile un álbum con figuritas, de esas que a ella le gustaban, y una medalla de la Virgen, y algún pájaro raro "que silbara bonito"...

La travesía de la cordillera se hizo sin dificultades. Marucho no demostró flaqueza en ningún instante. Andaban durante todo el día al paso de la cabalgadura. De noche trataban de acampar en el sitio señalado anticipadamente por el viejo Ciriaco, donde encontraban agua y pasto para los animales. Los peones hacían bromas al muchacho: "Esta mujercita nos dará trabajo...". Sin embargo Marucho demostraba ser tan fuerte como ellos y no temer los precipicios, ni los ríos; jamás se quejaba de cansancio, aunque se sintiera rendido hasta la extenuación.

En Chile hicieron entrega del ganado y emprendieron el regreso a mediados de febrero. José y Marucho salieron un día después que el viejo Ciriaco y los demás peones.

—Tenemos que apurarnos, quizá los alcancemos... —decía José.

—Mi cebruno es muy bueno, alarguemos el paso... La Luisa también es muy baquiiana...

Los dos amigos seguían las huellas de las cabalgaduras de los compañeros

por los senderos angostos, y a trechos cortaban camino, vadeaban ríos pequeños y de agua muy cristalina y muy fría.

—Dios no quiera mandarnos un temporal... —decía José mirando el cielo—. En este tiempo es peligroso...

—A vos y a mí nada nos puede pasar —contesta a Marucho y sonreía feliz. El espectáculo de la cordillera le hacía perder la noción de todo: las laderas quietas y blancas, los hilillos de agua que las garabateaban caprichosamente. Los guanacos pastaban tranquilos en los vallecitos perdidos, custodiados por el guanaco vigía, que con la cabeza levantada husmeaba el aire. Si presentía algún peligro, hacía que el rebaño desapareciera a todo correr por entre las rocas abruptas, y él protegía la disparada desapareciendo el último...

Marucho muchas veces pensó que alguno de los cóndores que volaban muy alto sobre su cabeza, o que se posaban sobre los picos rocosos, podía ser Simón. Con todos sus pulmones gritaba su nombre, y le respondía un eco multiplicado por otros mil cada vez más lejanos.

—¿Dónde se perderá ese eco, José?

—En Chile seguramente —contestaba José, distraído. Entonces el muchacho gritaba de nuevo cualquier cosa para escuchar su voz repetida por las montañas.

José estaba verdaderamente preocupado. Desde su montura hecha cama contemplaba la noche y veía desaparecer las estrellas.

—Marucho, se está nublando; con tal que no sea más que una tormenta pasajera... —Y José, impaciente, despertó al muchacho.

—Vamos Marucho. Ensillemos y tratemos de llegar hasta las Piedras Numeradas; el paso es difícil y yo no conozco bien. Son casi las cinco de la mañana.

Arreglaron las monturas sobre los animales y salieron apurándoles el paso.

El viento arreció. Soplaban con todas sus fuerzas. Se desencadenó una tempestad de nieve que los cegaba. Los animales, espantados, perdían el sendero. Había que manejarlos con mano firme y enérgicas voces de mando para que obedecieran. No cesaban de caer densamente copos blancos que parecían inofensivos, pero que se amontonaban sobre el camino, borrando las huellas que ellos seguían. Y, lo peor de todo, el viento blanco los helaba con su frío que penetraba hasta los huesos. Las crines de los animales estaban endurecidas por el hielo.

José apuraba las cabalgaduras y cuidaba con intensa atención de no equivocar el camino. Dejó en libertad a las dos mulas que llevaban de repuesto. Quería llegar cuanto antes a una quebrada por la cual bajarían al curso del arroyo Claro. Allí estarían a salvo. De vez en cuando volvía la cabeza para alentar a Marucho, que valientemente le seguía.

El temporal se embravecía por momentos. El viento rugía enfurecido. No se oían las palabras entre los dos hombres, a pesar de la escasa distancia que los separaba. El viento levantó el poncho de Marucho, tapándole la cara. El cebruno relinchó y el muchacho le clavó los talones y le tiró las riendas, luchando por descubrirse el rostro y dominar al caballo. Sintió de pronto que éste perdía estabilidad. Apretó las piernas contra el cuerpo del animal y se prendió bien a la montura.

José, agachado sobre el cuello del animal, lo impelía a seguir. Al darse vuelta para gritarle algo a Marucho no le vió. Se quedó atónito; volvió el ca-

ballo, pero el viento recibido de frente no le dejaba avanzar un solo paso. Ya no existían huellas sobre la nieve...

El viejo Ciriaco y los peones que les llevaban horas de ventaja capearon el temporal. En el refugio esperaron que amainara, oteando con ansiedad y con la esperanza de ver aparecer las siluetas de José y de Marucho. En cuanto pasó el temporal, al día siguiente, volvieron sobre sus pasos para buscar a los compañeros. A cuatro horas de marcha, salvando todos los obstáculos que les presentaba la nieve amontonada, encontraron a José; parecía un fantasma. Venía hacia ellos inclinado sobre el caballo y tambaleándose como si estuviera ebrio. No podía casi hablar y apenas pudo dar una mala explicación de lo ocurrido.

Cinco días estuvo José enfermo, delirante, acostado sobre la montura. Al sexto quiso levantarse y, debilitado, montó nuevamente en su caballo y se sumó a los que buscaban al muchacho.

La montaña estaba tranquila, quieta, apacible; un sol radiante derretía la nieve haciendo más fácil la tarea.

El vuelo en círculo de varios cóndores y buitres llamó la atención de la partida.

—Animales muertos —dijeron algunos en alta voz. Y todos pensaron para sí en el arriero perdido.

Mil dificultades vencieron para llegar al sitio sobre el cual volaban las aves; cortaban camino subiendo y bajando laderas peligrosas, tratando de acertar con el centro de aquellas circunferencias. A distancia se oía reñir a las aves por un buen sitio para picotear la carroña. Alguien tiró con la carabina. Las aves extendieron sus alas enlutadas y se perdieron detrás de los cerros.

Por fin llegaron. Alrededor del cebruno, muerto, encontraron lazos y otras prendas de la montura de Marucho. Todos se dispersaron, con el corazón oprimido, buscándole.

El viejo Ciriaco y José detuviéronse sorprendidos. Debajo de una inmensa saliente de la roca, que protegía como un techo, erguíase desafiante, imponente, un cóndor. A su lado había un bulto. Los dos hombres corrieron, llegaron y se inclinaron sobre el muchacho, creyéndole muerto. Le recogieron y acomodaron sobre una camilla improvisada. Los arrieros apresuraron la marcha con la esperanza de salvar la vida de Marucho. El cóndor se alejó espionando todos estos movimientos; luego los siguió, cerniéndose entre los cerros, volando de pico en pico, esperando a los viajeros cuando se quedaban atrás. Los acompañó así, y graznando iastimeramente, hasta el llano.

... Los peones guardaron silencio, luego Marucho, como saliendo de un sueño de recuerdos, prosiguió:

... Se me cayó el cebruno, rodamos los dos por el abismo y nos herimos. Yo no quería morirme y le pedí ayuda a la Virgen. Monté de nuevo el caballo... seguía nevando, pero allá abajo el viento casi no molestaba. Anduvimos un trecho y encontré el refugio. Desensillé el cebruno y lo dejé en libertad, acarree el apero como pude y tendí la montura para acostarme. La pierna me hacía sufrir horribilmente... Cuidé las provisiones. Tenía frío y más me helaba el graznido de los buitres y cóndores merodeando alrededor del caballo; había perdido mucha sangre... También veía a los buitres y cóndores a mi alrededor, esperando... Uno de ellos se me aproximó tanto, tanto, que saqué

el cuchillo para defenderme... Luego me dí cuenta que no me atacaría. Yo le hablé, lo llamé por su nombre: Simón. Desde ese instante fué mi guardián. No dejó acercarse a ningún otro bicharraco. Graznaba furioso levantando las alas. Los demás animales le temían. De noche dejaba dormir a otros cóndores, a la distancia, bajo la misma roca; debía ser su familia. Por la mañana los echaba de allí a picotazos. Comprendí que además de tener hembra e hijos mandoneaba a todos.

—Marucho —dijo José que atentamente seguía las palabras del muchacho—. Tengo una gran noticia: el patrón me ha dicho que el potrillo de la Gringa es para vos...

El muchacho no contestó palabra, pero se tapó la cabeza con el poncho para ocultar las lágrimas.

La Gringa era la madre del Cebruno.